

La adolescencia hoy: adultos prematuros, niños eternos

Fernández Blanco, M.*

Psicoanalista, miembro (AME) de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Psicólogo, Especialista en Psicología Clínica, de la Unidad de Salud Mental del Hospital Materno-Infantil de A Coruña.

CAD. ATEN. PRIMARIA 2004; 11: 61-65

¿POR QUÉ HAY QUE EDUCAR?

Iniciaré estas reflexiones planteando una pregunta muy básica: ¿por qué hay que educar? La respuesta a esta pregunta es que lo primario, en el ser humano, es la satisfacción no mediada por la cultura. Lo primario es el goce, no la civilización. Es muy simple: para el cachorro humano muchas de las cosas juzgadas por los adultos, y la cultura, como malas (chillar, manchar o pegar) son placenteras, ¿en base a qué renunciaría a ellas? Podemos pensar que puede hacerlo por la coerción del adulto, que no le permite esas conductas, y esto es verdad. De algún modo, toda educación pasa por su dosis de coerción. Pero la coerción física, material, sólo es eficaz en presencia del adulto. El padre, o la madre, se dan la vuelta y el niño sigue con la suya. Es decir, en un primer momento, el niño sólo renuncia al goce "inadecuado" en presencia del agente prohibidor. Sólo en un segundo momento, tal como lo desarrolló Freud, el niño interiorizará la prohibición, interiorizará los valores e ideales propuestos, y entonces se hará vigilar por sí mismo, por su conciencia moral. El operador lógico que le permite acceder a este segundo momento es el temor a la pérdida del amor de los padres, es el "si haces eso no te vamos a querer", formulado así o de otra manera (cuanto menos explícita, más eficaz). Es, por el temor a la pérdida del amor, que el niño consiente a renunciar a sus goces primarios, no civilizados. También hay que decir que el consentimiento a la educación, es decir a la renuncia al goce, nunca es pleno, nunca total. No todo puede ser educado, lo que pone un límite a las utopías educativas de que una educación diferente haría posible un hombre totalmente nuevo (no agresivo, por ejemplo).

Entonces partimos de que **se educa siempre desde cierta coerción para que el niño introyecte valores e ideales**. Toda educación se basa en la propuesta de Ideales, aunque sólo fuera el de que es mejor adquirir conocimientos que no hacerlo.

LA CRISIS DE LA FUNCIÓN DEL IDEAL

Pero, centrándonos ya en el objeto de estas reflexiones, tenemos que preguntarnos por el contexto en el que tene-

mos que educar hoy. La respuesta, en un sentido amplio, es que tenemos que educar en la época de la crisis de la función del Ideal, y, es preciso matizarlo, de la función misma del Ideal. ¿Qué significa esto? Significa que en la época actual se está realizando la profecía de Nietzsche, inaugurador de la modernidad, quien, a través de su proclama: "Dios ha muerto", anunciaba la caída de los valores supremos. Esto significa que los valores, los ideales caídos, no son sustituidos por otros. Desaparece el lugar mismo de los valores, y de los ideales, con su carácter obligante para el sujeto. La consecuencia de esta desaparición de las referencias es la sentencia de Nietzsche: "No hay hechos, sólo interpretaciones".

Ya en nuestra época, Lyotard habla del fin de los grandes relatos, basados en el Ideal, y de los cuales el marxismo pudo ser el último exponente. Ya no hay más grandes verdades, ni grandes valores, ni grandes hombres, como el psicoanalista Jacques Lacan profetizó.

Vemos como con la crisis de los grandes sistemas de pensamiento, de los grandes sistemas de ideales, de los grandes Nombres del Padre, adviene una **crisis ética**. Esto lleva a pensadores, como Vattimo, a proponer un "**pensamiento débil**" como correlato lógico del fin de la metafísica. De esta manera, todo sentido pasa a ser cuestión local. Si todo son interpretaciones, no se puede afirmar que un sentido sea mejor que otro y, por lo tanto, que un goce sea mejor que otro. Si todo sentido es válido, todo goce es válido, ya que el sentido es lo que funciona como límite al goce. Ya no hay, por lo tanto, éticas prevalentes. La verdad, para el sujeto actual, no existe. En esta época, caracterizada por el **relativismo posmoderno**, lo que ha venido al lugar de la verdad es el funcionamiento. Estamos en la época del click: "eso va o no va". Por eso, el único valor de verdad que no se cuestiona es el mercado. Más allá de la sanción del mercado, las cosas ya no se hacen (hablando en nuestro contexto cultural) en nombre de la verdad, de un Ideal, sino en nombre de que no lo hay. **El Ideal ya no cumple una función reguladora** y esto tiene consecuencias decisivas para una práctica, la educativa, basada en la transmisión de valores.

LA ÉTICA CÍNICA

Antes mencionábamos que ya no hay éticas prevalentes. Pero, si hubiera una, sería la ética cínica. Se trata de un cinismo auténtico. Cinismo aquí entendido como posición ética, más allá de toda connotación moral.

El cinismo fue una escuela filosófica fundada por Antístenes y cuyo discípulo más destacado fue Diógenes de Sínope. Los cínicos despreciaban los valores sociales y defendían una vida solitaria. Despreciaban la ley y el sentido. Afirmaban que no se puede decir nada válido sobre nada. Antístenes proclamaba la imposibilidad del pensamiento racional, negaba el hablar mismo. Era inútil aprender a leer o a escribir. Lo mejor, la vida en soledad.

Si el cinismo es la ética prevalente, hay que reconsiderar la respuesta institucional al sujeto actual que, como ha señalado el psicoanalista francés Eric Laurent, sólo cree en la particularidad de su satisfacción, en su personalidad. Son sujetos mucho más refractarios a la influencia y que sólo aceptan adorar el tótem de sí mismos. Este es el hombre moderno, producto del matrimonio de la ciencia y el mercado, de la globalización, que trae consigo el individualismo más feroz. Es lo que avanza Francis Fukuyama, teórico de *"El fin de la historia"*, cuando anuncia que las ciencias van a realizar el fin de la humanidad. El fin de la humanidad, como comienzo de otra cosa.

La educación está en crisis porque ofrece al sujeto una respuesta Universal, en el tiempo en el que sólo cree en sí mismo. Lo que denominamos **declive de la función paterna**, tiene que ver con esto. Estamos en la época de la crisis de los referentes simbólicos, del lugar del padre, de los nombres del padre. Asistimos, así, a un efecto de retorno del goce no mediado por la función del Ideal. **El referente es cada vez más, una vez eclipsada la función del Ideal, el goce propio.** Pero es un goce que ya no divide ni culpabiliza al sujeto y que se presenta bajo la forma del derecho al goce y del presentismo del goce, no admitiendo demora. Por eso, el estilo de la época es maníaco. Por eso, uno de los trastornos psíquicos de mayor incidencia en la población infanto-juvenil es el Trastorno por Déficit de Atención con Hiperactividad.

A la vez, las nuevas formas de presentación del goce son más autísticas, sobre todo en los varones. Sabemos que el varón tiende más a cerrarse al Otro y a satisfacerse autoeróticamente con sus objetos de goce. La mujer siempre está más abierta a la dimensión del deseo, que pasa por el Otro. Pero, en general, en la sociedad de la comunicación, el sujeto vive, cada vez más, aislado y solo. Se satisface,

con sus objetos, en soledad. Es la época de los goces sin el Otro en una sociedad algófoba. **Así, cualquier contra-tiempo, o el sacrificio y el sufrimiento cotidianos, son muy mal tolerados.**

Cuanto más el sujeto corta el lazo con el Otro de lo simbólico, y el lazo social, más depende del consumo. **El sujeto moderno, liberado de la norma, cae esclavo de la pulsión, del goce ilimitado.** La ley simbólica, contra lo que algunos piensan, es lo que permite que se ponga un tope, un límite, a la tiranía de la ley del goce, que aboca al sujeto al mayor de los servilismos, a la esclavitud de un goce opaco. Sin embargo, la época actual no se caracteriza por la regulación del goce por el Ideal. Más bien, ahora, es el Ideal el que se adecua al goce. Algo así como: "A cada goce su Ideal". Lo que define al sujeto es su modo de goce, lo que lo agrupa también. Ya no se pregunta: ¿en qué crees?, se pregunta: ¿de qué gozas? El cogito cartesiano: "Pienso luego soy", ha dejado su lugar a otro que podríamos enunciar como: "Gozo luego soy".

LA DESAPARICIÓN DE LA INFANCIA

Esta situación produce una desorientación general y de los padres en particular. Los padres ya no saben cómo educar y recurren a los técnicos o a las Escuelas de Padres que, aunque cumplan una función, no dejan de resultar sorprendentes en su propia formulación: "Los padres a la escuela". Mientras tanto, surge la pregunta por la posibilidad de la "desaparición de la infancia" como época evolutiva. Ya no se sostienen más las ideas, por muy inexactas que fueran, sobre la pretendida "inocencia infantil". Los niños y los jóvenes actuales tienen un acceso ilimitado, casi en igualdad de condiciones que el adulto, a prácticamente todos los circuitos de ocio e información, como los que representan la televisión o internet.

Dejando la nostalgia a un lado, ya que no hay más tiempo que el que nos ha tocado vivir, tenemos que admitir, tal como ha desarrollado la pedagoga social Violeta Núñez, que estamos ante una nueva categoría de infancia: la infancia posmoderna. Los hijos, como bien escaso, son más valorados y considerados en la familia y la relación padres-hijos se organiza en función de lo que se define como "las necesidades de los niños". Sin embargo, **los padres de hoy tienen problemas para sostener la función de autoridad.** Las referencias familiares y el lugar de la autoridad son, cada vez, más lábiles. Una de las consecuencias del resquebrajamiento de la autoridad es **la infantilización del adulto, el borrado de las diferencias entre el niño y el**

adulto. Pensemos en el modo de vestir, en las comidas, en los horarios, en los espectáculos, y percibiremos la confluencia del adulto con el niño.

La infantilización del adulto trae aparejada la adultización del niño. En este contexto nos encontramos, paradójicamente, con **la eclosión de la violencia infantil y juvenil. Porque, si renunciamos al ejercicio de la autoridad, disminuimos de nuestra responsabilidad educativa.** Un adulto sólo funciona como tal para un niño si recibe sus demandas desde un lugar de autoridad.

LOS DERECHOS DEL NIÑO

Frente a la omnipresencia del mundo infantil y juvenil, los adultos en general, y los padres en particular, están menos presentes. Se puede decir que, cuanto más se intenta saber lo que es un niño, menos se sabe lo que es un padre. Esto supone que el reverso del interés creciente por el niño y sus derechos es una verdadera "desprotección" de la infancia y de la juventud. En el momento en el que eclosionan los derechos del niño, éste queda desdibujado como tal.

Como ha desarrollado Eric Laurent, el niño, actualmente, se presenta como caído de la institución familiar y se le da un nuevo lugar a partir del planteamiento universal de los derechos del niño. En la Convención Internacional de los Derechos del Niño, reconocida en 1989 por los países miembros de la Organización de las Naciones Unidas, se intenta defender al niño sosteniendo su individualidad, afirmando el derecho a una personalidad diferente a la de sus padres, no siendo su doble, no debiendo cargar con sus mismos fantasmas, ni con sus proyectos no realizados, ni con sus ambiciones personales. Definir las cosas en estos términos ideales es ignorar lo real, e ignorar lo real produce desastres. Somos responsables de las consecuencias de nuestros actos, más allá de las intenciones pretendidamente ideales. Esto es algo a pensar cuando hablamos de la Reforma Educativa, o de otras reformas referidas al campo del menor.

Pero, volviendo al tema de los derechos universales del niño, vemos que definir las cosas en esos términos supone la idea de un niño universal, libre de influencia. Pero, por el contrario, los que trabajamos con niños, especialmente los psicoanalistas de niños, vemos que los niños cargan con los fantasmas de los padres, con sus proyectos no realizados, con sus ambiciones personales. No existe un solo niño normal que no pase por esto. De este modo podríamos decir, siguiendo a Eric Laurent, que el único niño conforme a los derechos universales del niño sería el niño autista. El

único que, por desgracia, está solo, cortado de todo discurso, no determinado por nada. El único que es, auténticamente, él mismo.

Los padres que, por miedo a condicionar a sus hijos, disminuyen de su deber de autoridad e influencia, aquellos que no desean algo para cada uno de sus hijos, algo particular, los dejan sin la posibilidad de una orientación clara en la vida.

Los derechos del niño, en ocasiones, pueden llevar a su desprotección. La infancia la dibujamos como un sector con reivindicaciones propias pero, las reivindicaciones de los niños, encuentran a unos adultos desorientados ya que la crisis ética anula los referentes. Para tener un ejemplo de esto basta encender el televisor, en el que proliferan programas que dan la sensación de que todo es posible. Son parloteos que enseñan la manera de hablar de nuestra época, en la que cualquiera se autoriza a pontificar sobre cualquier cosa. Es el consumo del goce del bla-bla-bla en el que, por su falta de consecuencias, el lenguaje no compromete a nada. Esta situación del todo vale, de la simpleza de juicio, de que no hay un sentido mejor que otro, interfiere en todas las profesiones (educar, psicoanalizar...) que operan por medio del peso de la palabra.

Frente a esto, se trata de promover nuevas estrategias y modalidades de relación con los niños basadas en la responsabilidad. Esta responsabilidad no puede negar los cambios operados en lo social: si a un niño se le prohíbe usar el ordenador, e internet, se le está condenando a una posición marginal.

LAS FAMILIAS POSMODERNAS

Los profesionales cometeríamos un error si seguimos dirigiéndonos a un niño que ya no existe. Cuando hablamos de posmodernidad, y de familias posmodernas, nos referimos a que la historia de la familia tradicional ya está terminada. Las relaciones clásicas de parentesco están en declive y esto supone un declive de la función misma de la filiación.

La ruptura con la tradición, las exigencias del trabajo y la preservación del nivel de vida, provoca una caída del número de nacimientos. Junto con esto, los hijos de padres divorciados, antes eran una minoría y, actualmente, ya no lo son. En Estados Unidos, circula un chiste: "Antes había 2'4 niños por familia y, ahora, hay 2'4 familias por niño". Esto lleva a montajes muy complejos: por ejemplo, es el caso de personas que, tras una unión de años con alguien que tenía un hijo, de una anterior unión, al separarse, soli-

citan régimen de visitas para mantener la relación con ese niño que no es su hijo.

Las nuevas técnicas de reproducción, hacen posible modelos de familia antes inconcebibles. Sabemos que una mujer ya no necesita de un hombre para formar una familia. Por otra parte, técnicas como la clonación se realizarán con seres humanos. La lógica de la ciencia lleva a que, lo que se puede hacer, se acaba haciendo. El recurso a la ciencia para construir una familia, hoy minoritario, no lo será tanto dentro de una generación.

Por otra parte, la vida se alarga. Lo que hace que la relación padre-hijo se alargue, también, en el tiempo. Esto hace difícil, a veces, encontrar a un adulto de verdad. Esta perspectiva de la adolescencia alargada es llamativa no sólo en relación a la imagen (los adultos imitando la vestimenta juvenil o, sencillamente, siguiendo esa moda), sino también respecto de la subjetivación. **Son muchos los sujetos que se colocan en la posición de hijos eternos al no responsabilizarse de sus vidas.** Todo esto entra en lo que es la definición y remodelación, actual, de la función paterna.

EL INDIVIDUALISMO MODERNO

El niño, el adolescente, el joven, han caído de su inscripción en los discursos universales que, hasta ahora, intentaban cobijarlo. Pero, entonces, ¿desde donde sostenerlo?, ¿desde donde darle un lugar? Sólo parece posible desde la particularidad, desde el contrato privado, desde la suma de las particularidades.

Pero, ¿puede construirse una institución desde esta perspectiva? ¿Qué institución promover en la época del individualismo moderno? Individualismo que hace problemático todo tipo de lazo social (incluido el matrimonio) y que fragmenta la institución educativa, que es una institución sostenida en los universales.

Los jóvenes se preguntan para que sirve estudiar y se lo preguntan mucho más los que fracasan. Se preguntan para que sirve estudiar historia antigua, por ejemplo, cosa tan poco práctica, a juicio del Ministerio también, que recorta cada vez más las asignaturas de humanidades.

Este problema ya fue diagnosticado por Hannah Arendt en *"La crisis de la educación"*, donde subraya la importancia de que la escuela fuera conservadora respecto del movimiento general de la sociedad. Se refiere, por conservadora, a que conservara el discurso de la educación, que fuera su depositaria.

Los efectos producidos están más allá de la violencia que, efectivamente, aumenta en la escuela. Pero lo nuevo no es

la violencia, que siempre existió, aunque ahora sea más frecuente e intensa, lo nuevo es que se trata de una violencia antiinstitucional que recae y se ejerce sobre los lugares de enunciación del discurso mismo y de quienes lo encarnan (los chicos se pueden divertir, acudiendo a clases de asignaturas de las que no están matriculados, para burlarse del profesor). Esto constituye el testimonio vivo de la crisis de los ideales y de las propuestas universales. Anteriormente la violencia contra un ideal, y quienes lo encarnaban, se hacía en nombre de otro ideal. Se buscaba sustituir un universal por otro. **Actualmente, la contestación se hace en nombre del derecho al goce.** Incluso en las civilizaciones donde asistimos al auge del fundamentalismo, y donde parece reforzarse la idea de tradición y los valores religiosos, se pueden observar que en realidad no se trata de un auge de la función del Ideal que limita lo pulsional. Al contrario, ese pretendido Ideal no es otra cosa que un instrumento directo de la pulsión. Así el odio visceral basado en "la cosa" nacional, o el fundamentalismo religioso, pasa a ser un medio directo del goce mortífero: la pulsión de muerte al desnudo.

¿POR QUÉ APRENDER?

Nuestro llamado occidente cultural está debilitado de referentes. Desde la afirmación en el goce, caídos los ideales, ya no hay respuesta a la pregunta de ¿por qué aprender? O, ¿por qué no aprender sólo matemáticas y, al menos, encontrar un empleo técnico? Y, si no se puede aprender, ¿qué otra cosa se puede hacer en la vida?

Aprender, para integrarse en la sociedad y ser un hombre de provecho, ya no sirve cuando la comunidad está fragmentada. Esta fragmentación alcanza a la comunidad escolar. Si, en la primaria, la comunidad de niños es, más o menos, respetada, la diferenciación es menos visible y la violencia mínima, a partir del pasaje a secundaria la caída de la autoridad de los profesores es mayor. Es el momento en que aparecen, de forma visible, la diferenciación y el fracaso escolar. **La enseñanza se encuentra con un número creciente de objetores del saber, en un ambiente de casi conflicto permanente, con episodios de violencia.** Los psicoanalistas estamos advertidos de que, a la oferta del bien, se puede responder con el mayor de los rechazos, rechazo que paga el profesorado entre otros. No todos los sujetos quieren estudiar y, si el derecho a la educación es un bien, el adolescente occidental lo ha tomado como un "trágala" a las autoridades. Autoridades que, además, no han tenido en cuenta que los dos años añadidos "por arriba" a la

enseñanza obligatoria son, precisamente, los de la emergencia del goce pulsional.

Frente a este real, no previsto por el ideal de la reforma educativa, se aplica una política de clases de nivel, cuando no el colegio en su conjunto se intenta constituir en una clase de nivel. El efecto de segregación es inevitable: los que dan el nivel y los que no. Efecto de segregación favorecido, como acabamos de comentar, por el aumento de los niveles de enseñanza obligatoria. El legislador debería tomar en cuenta que la educación es una oferta que requiere del consentimiento del sujeto.

La segregación es el gran problema actual, producto de la homogeneización de la demanda y de la oferta educativa. Esto confronta al docente a los efectos de retorno de ese "lo mismo para todos", en forma de síntomas individuales, segregación y violencia. Pero, ahora, ya no funciona un discurso del que pueda echar mano y que toque algo en el joven aunque, formalmente, lo rechace.

Podemos hacer exposiciones dolidas por no haber nacido en el lugar y en el tiempo adecuados, y no poder ejercer la profesión en una época en que las familias eran familias y la mayoría de los hombres tenían nobles ideales. Esta sería una queja impotente y estéril. Recordemos las palabras de Jacques Lacan, cuando decía: "Mejor que renuncie quien no puede unir a su horizonte la subjetividad de su época".

Y, nuestra época, está caracterizada por un momento agudo de incertidumbre. En esos momentos, la interrogación se convierte en el método esencial. No obstante, la disposición para asumir la ausencia de certezas tiene un

límite. Más allá de cierto punto, el desencanto deja de ser una benéfica pérdida de ilusiones irrealizables, que conducen, sólo, a la frustración, y se transforma en una peligrosa pérdida de sentido. Esto lleva al desánimo. En definitiva, que hacerse preguntas está muy bien y responderlas aún está mejor. De lo contrario, se instala la desmotivación o el deseo de jubilarse.

Se trata de reinventar el vínculo educativo, en la época donde los cimientos clásicos de la práctica educativa han sido tocados. Si los criterios universales ya no son totalmente absolutos y operativos. Y, sobre todo, son cambiantes. ¿Qué es lo constante? Lo constante es el síntoma de cada niño, su particularidad. Se trata de hacer una orientación por el síntoma.

En la época de crisis del Ideal, de la crisis de los valores universales, sólo queda como referencia, para orientarse, lo más particular de cada uno. Eso es el síntoma que, más allá de su posible dimensión clínica, es el modo fundamental de estar en la vida. Es lo que insiste en cada uno y lo hace único.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDT, H., "La crisis de la educación", en *Entre el pasado y el futuro*. Península, Barcelona, 1996.
- BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*. Anagrama, Barcelona, 1996.
- LAURENT, E., "Efectos de clon", *El niño* 8, 2000, pp. 64-76.
- LIPOVETSKY, G., *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama, Barcelona, 1994.
- NÚÑEZ, V., "La infancia posmoderna", *El niño* 6, 1999, pp. 29-35.